

— ¿Dónde están, esos cheques falsos? preguntó, simulando incredulidad.

— Hemery los ha conservado... ó, más bien, los ha hecho desaparecer. Hemery era el director de la sucursal; nadie reclamaba; y, como tú comprendes, ningún interés tenía en dar publicidad al asunto.

Couderc se calló un momento; luego, al mismo tiempo que tomaba copa tras copa, prosiguió:

— Cuando, hace nueve años, le enseñé yo á Hemery, allá, los cheques falsos, me dijo: « ¡Silencio! Déjeme examinar el asunto... » tres días después, me hizo llamar, y, clavando su mirada en la mía, me dijo: « La firma es auténtica. Los cheques son verdaderos... » ¡Perfectamente!... Volví á mi despacho, y, como tú comprendes, me callé. Sólo que, no devolvió los cheques.

— Pues, entonces, si ya no existen...

— Tengo las fotograffas, dijo Couderc. Las tomé para poder estudiarlas con la lente, en mi casa, sin llamar la atención de mis colegas.

— ¿Y las has conservado?

Couderc pegó con la mano izquierda sobre el costado de su levita, en la que se notaba un bulto como de cartera.

— Siempre, contestó. Ya estás viendo la cara del dueño de Roquefón, si, una mañana, fuera yo á ofrecerle esto, en el momento de su desayuno... ¿te parece, lo que daría por estos papeles?... Pero, te repito: No ando yo en trapisondas de ese género. Si

hoy me hubiera recibido atentamente, muy probable es que se los diera, de balde.

Los ojos de los dos hombres se encontraron. Majencio leyó en los de su padrino esa especie de locura lúcida en que lo ponía el alcohol, antes de postrarlo en una muerte de algunas horas.

Pensó:

« ¿Dice verdad, ó inventa? Mas no, no inventa. En el estado en que está, su memoria y su palabra son infalibles. Teresa se ha casado con un falsario. Ama á un hombre que ha imitado firmas para proporcionarse dinero. Y este viejo puede probarlo. »

Sintió Majencio una alegría intensa, como si su vida cambiara de repente, como si se hundieran, dejándole paso libre, obstáculos que hasta entonces le estorbaban... Presentarse á Teresa... decirle la verdad... devolverle su libertad... todas estas posibilidades se entrechocaban en su cerebro con estruendo de desquite, de triunfo.

— Padrino, dijo, no has cumplido con tu deber.

— ¿Por qué?

— No has cumplido con tu deber. Cuando tiene uno las pruebas de una falsificación, las lleva al fiscal de la República.

El viejo se echó á reir:

— Eres joven, pequeño. Lo prudente, en los viejos como yo, es estar lo más lejos posible de la justicia, aún cuando nada tengan que reprocharse. ¿Sabes quién, á la postre, habría ido á la cárcel? Yo. Además, desde el principio cumplí con mi deber. Tan pronto

como, al tomar el negociado de tu padre, descubrí las firmas falsas, di parte á mi jefe.

— Pero, objeto Majencio, ¿cómo no descubrió mi padre las falsificaciones? Sin embargo, las tuvo entre las manos antes que tú.

Couderc, que seguía vaciando la botella de casis, primero en la copa, luego en su garganta, contestó:

— Idéntica pregunta me he dirigido á mí mismo... Lo único que eso prueba es que tenía yo mejor vista que tu padre. Ó bien, tu padre vió claro, pero no quiso denunciar á Pedro, que era su amigo. Sí, en efecto, así han debido de suceder las cosas. Descubrió las falsificaciones, se fué á Pedro... quizá le amenazó... y así es cómo riñeron. Te advierto que Hountacque era un adversario temible. Hoy, ya no muerde; pero, en los primeros tiempos, desgraciado de quien le estorbara el paso.

Hablaba para sí mismo, con claridad, con calma. Majencio, á quien nada preciso decía aquello de «riñeron», preguntó, sin segunda intención:

— ¿Qué riña hubo entre mi padre y Hountacque?

Le llamó la atención la contrariedad que aquella pregunta, tan natural, provocó en Couderc. El viejo posó su copa, y balbució:

— ¿Qué riña?... Pues, no sé... Digo que bien pudieron haber reñido... nada más.

Majencio se acercó y le cogió las muñecas.

— No hagas el tonto, padrino. ¿Qué riña es esa entre Pedro y mi padre, de la que nadie me ha hablado? Es más, siempre me habéis dicho, mamá y tú,

que Pedro se portó muy bien con mi padre enfermo, hasta su muerte.

— Justo, justo, dijo Couderc. Hizo que le asistieran médicos, proveyó á sus necesidades, y luego dió dinero á tu madre, cuando quedó viuda. Si hubo algún disgusto entre ellos antes de aquella época, eso, yo no lo sé. Digo: es probable que lo hubiera.

La excitación de la mirada caía poco á poco en los ojos del alcohólico, sustituida por un deprimente abatimiento. El temblor de las manos se acentuaba.

— ¿No quieres decir nada? preguntó Majencio soltándole las muñecas. Está bien. Cuando regrese mi madre, le preguntaré.

El viejo se levantó, espantado.

— ¡No hagas eso! ¡No le hables de eso á tu madre! Me reñiría. Prométeme no preguntarle nada. ¡Oh pequeño, cómo me atormentas!

Recayó sobre su silla y pasó su temblona mano sobre su frente y sobre sus ojos. Pero Majencio sentía demasiada curiosidad para apiadarse de él.

— Anda á acostarte, padrino... anda... Ya tienes sobradaración por hoy. Mamá me dirá lo que quiero saber.

— No, no, balbució el borracho. No hables de eso á tu madre; le darías un disgusto, y, á mí, me reñiría... Te diré... Te diré... Bueno, pues la cosa es muy sencilla... Tu padre y Hountacque riñeron... Se desafiaron, y hubo duelo.

— ¡Ah, exclamó Majencio, Pedro lo mató!

— ¡No, no! insistió Couderc con toda la fuerza que le quedaba. No lo mató; le hirió, únicamente. Y

tu padre vivió varios meses después... Y, según dijeron los médicos, no murió de su herida. Cuando murió tu padre, tiempo hacía que él y Pedro habían hecho las paces.

Pero Majencio ya no escuchaba. Se había sentado en una silla y no se movía. La primera impresión de júbilo, de alivio que le causaran las primeras palabras de Couderc, lejos de debilitarse por la confesión que siguió, se confirmaba. El obstáculo que cerraba su vida se hundía, dejándole paso libre. Sentíase otro hombre, con la voluntad, el poder, el deber de obrar.

Cuando se levantó, vió á Couderc, tirado sobre la mesa, durmiendo. Le sacudió con rudeza. El desdichado tuvo un sobresalto :

— ¿Qué?... ¿qué quieres? Déjame.

— Vamos, ven á tu cuarto.

Le obligó á levantarse, y, sosteniéndolo, llevándolo casi, le hizo atravesar el vestíbulo, hasta el umbral de su cuarto. Pero ya no pudo el viejo dar un paso más. Tuvo Majencio que subirlo hasta la cama, en donde lo colocó lo mejor que pudo. Bajo el abultado bolsillo de la levita, sintió la cartera...

« Tengo derecho á cogerla, pensó... Hay derecho á desenmascarar á los malhechores por todos los medios... »

Le repugnó, sin embargo, la idea de despojar él mismo á su amigo insensible. Pero le temió á la tentación; y, saliendo de aquel cuarto, se fué á la entrada de la casa.

IV

Se ahogaba. Le parecía que sus ideas jugaban al corro en su cabeza.

Atravesó el huerto, en el que la joven Irma charlaba con una comadre, y bajó hasta la carretera vecinal que conducía al pueblo. La vista seguía aquel blanco camino durante casi quinientos metros, que subía suavemente entre dos hileras de plátanos; luego contorneaba la ladera y acentuaba su subida hacia Roquefón. Aquella ladera, sobre la cual se extendía el parque del castillo, cerraba á la izquierda el paisaje, el cual, á la derecha y enfrente, se inclinaba hacia las ondulaciones de los pinares. Era un sitio pacífico, solitario, luminosamente dorado por el sol de las cuatro. El arroyuelo de la fuente seguía á lo largo del camino; un puentecillo de piedra lo franqueaba. Sobre uno de los parapetos bajos de aquel puente, Majencio se sentó.

¡Cuántas veces, desde que habitaba en Roquefón,

había venido á soñar, ó más bien á meditar, á razonar seriamente sobre sí mismo ante aquel horizonte á la vez vasto é íntimo! Porque, como todos los intelectuales, desde que su pensamiento se hubo madurado, había conocido la manera de soñar que consiste en tejer laboriosos razonamientos sobre las realidades, con intención de estrecharlas y envolverlas; á veces, inconscientemente, para deformarlas.

Tenia demasiado orgullo para haberse confesado nunca á sí mismo que amaba á Teresa Dautremont. Siempre había puesto empeño en no pronunciar ante su propio arbitrio el « ¡ La amo! » que le hubiera desesperado. En otro tiempo, en las encantadoras épocas de paseos y de cacerías en Prevannes, se decía él: « Es hermosa, soy artista; he pasado cerca de ella toda mi infancia; es natural que sienta por ella gran admiración... De sobra sé que se casará; pero, aun así, sentiré por ella la misma simpatía. »

Los años que Teresa le llevaba eran suficiente razón para apaciguar su amor propio. « Sólo en el sentido ideal, novelesco, de la palabra, ama un hombre á una mujer de más edad que él. Lo que siento por Teresa es admiración. » Y, en efecto el anuncio del casamiento de Teresa con el teniente fiscal Pontmagne, el año anterior, le había dejado indiferente: un instinto seguro y algunas conversaciones de la joven con la señora Chretién, le aseguraban que aquélla unión era de pura conveniencia: Teresa no quería á su futuro. Pero ¡ay! el mismo instinto, y además las confiden-

cias de su madre, le revelaron la repentina conquista, por Pedro Hountacque, de aquella á quien dedicaba él un culto casi religioso.

Entonces comenzó á sufrir.

Con un estoicismo obstinado, combatió esa tierna tristesa en la que tantos jóvenes se complacen; no quiso deleitarse en ella. Su orgullo le prohibía decirse: « Estoy enamorado de Teresa, y, para Teresa, no soy sino un niño, un obrero, un protegido sin importancia. » Ni á su madre había él confiado aquel secreto, que la pobre mujer adivinaba, y del que hubiera ella querido hablarle para consolarle. Resistió y disimuló durante el noviazgo. Pero no se encontró con valor para asistir al casamiento. ¡Qué humillación, si hubiese dejado traslucir su angustia! Pero, justamente el esfuerzo voluntario que hizo durante aquel doloroso período, lo gastó. No era muy robusto; su infancia había sido delicada: bronquios débiles, amenazado de una tísia que, por fortuna, jamás se declaró. Apenas la nueva pareja hubo salido de Francia, Majencio tuvo que guardar cama. Le recomendaron el cambio de aire, un clima en el que el verano fuese más temprano y más seco que en París. Entonces fué cuando, al enterarse, propuso Teresa por carta á la señora Chretién, la estancia en Roquefón y la casa disponible del administrador.

El primer impulso de Majencio fué el de rehusar. Su corazón seguía irritado contra el hombre que se había llevado á Teresa; los beneficios caídos de aquella mano le herían. Pero una necesidad más imperiosa

que todo, la de ver de nuevo á Teresa, de volver á vivir cerca de ella, impuso silencio al orgullo. Majencio cedió á las instancias de su madre. Desde fines de julio, ambos se instalaron en Roquefón.

La estancia en Roquefón lo curó físicamente, tan pronto y tan por completo, que se creyó curado también moralmente. Después de los años sin sol y sin aire puro pasados en París, la irrupción del sol y del aire libre en su organismo le reanimó. Además, estaba en esa crisis física que suele manifestarse entre los veinte y los veinticinco años, en la que el temperamento del hombre se precisa. Pudo muy bien caer en la neurastenia y la consunción; pero la pureza, la alegría del aire gascón fortalecieron sus pulmones, calmaron sus nervios. Él mismo se extrañaba de su robustez recuperada, de su actividad incansable para recorrer á pie la landa, de su sueño y de su apetito. Su estado moral se equilibró. Se atrevió á mirar cara á cara el problema de su vida y á decirse:

« Sí, he sido desgarrado por un sentimiento violento; pero ¿qué vergüenza hay en ello? Ser joven, vivir cerca de un ser como Teresa, y no amarla, hubiera sido prueba de carecer de sensibilidad. Yo, soy sensible, nervioso; si así no fuera, no sería un artista. ¡ Te quiero, oh preciosa emoción, que debo á Teresa! Pero soy lo bastante fuerte y mi razón es ahora lo bastante dueña de mi corazón para que no tema ya padecer más por tí... »

Este estado de equilibrio duró hasta el regreso, al castillo, de los dueños de Roquefón. Cuando supo la

noticia por su madre, Majencio sabía muy bien que debió haber contestado:

— Pues ya estamos aquí de más.

Pero, en seguida, sufrió la imperiosa necesidad de poseer de nuevo la imagen querida. Y se dió á sí mismo esta disculpa: « El irnos sería llamar la atención; daría motivo á suposiciones. Y, además, ¿qué tengo que temer? Estoy curado. » Por su parte, la señora Chretien se hallaba muy bien en aquel sitio. Y se quedaron.

Esperaba Majencio con febril ansiedad su primera entrevista con Teresa casada. Fué á saludarla á la estación y, al mismo tiempo desengañado y tranquilo, notó que ninguna emoción había sentido. Ni rastro quedaba de aquel tierno fervor, de aquella necesidad de arrastrarse á sus pies, de besar el borde de su vestido, que sintiera mientras duró su adolescencia. Vió á un tiempo á la joven y á su marido. Pedro y Teresa hablaban, mirándose tiernamente: Majencio comprendió que ambos constituían un solo ser. Sólo una idea dominó en él, borrando todas las demás: una impresión de hostilidad contra aquella pareja, así para el marido como para la mujer. Les dió la bienvenida con aquella timidez arrogante que ridiculizaba Pedro y que apenaba á Teresa. Camino de la Hitte, pensaba Majencio con arrogancia: « La he vuelto á ver, y me es indiferente. »

Sentía una parte de su corazón en cierto modo insensibilizada, algo así como el efecto de la cocaína en las mucosas: la región tocada parece ausente,

muerta. Se complació en aquel estado de independencia, se vió fuerte, victorioso. Ni siquiera trataba de ver á Teresa. « Todo me es igual, ya ; no amo sino mi arte. » Y se entregó con pasión al trabajo.

Sin embargo, no cesaba de pensar en Teresa. « El casamiento no la ha favorecido. La gracia original que tenía ha desaparecido. Ahora es una mujer sana y robusta, de aspecto agradable, como las hay por centenares en París. Su marido ha influenciado en ella. ¡ Es tan rudo, tan hombre de negocios, tan poco artista !... Así, en su pensamiento, Pedro iba siempre asociado á Teresa. Majencio anotaba todo aquello que, en ella ó en él, le chocaba, le disgustaba. Á solas con su madre, ridiculizaba á los dueños de Roquefón y á sus invitados. « Teresa se pirra por todo lo nuevo y lo excéntrico. En cuanto á él, es un burdo que ha tenido suerte. » La madre no replicaba. Perspicaz por su ternura, miraba con pena á su hijo volverse de nuevo nervioso, comer con menos apetito, perder el sueño. Se le quitó la afición á los largos paseos. Pasaba las tardes leyendo ó cincelando. Ó bien iba á sentarse sobre el tosco parapeto del puentecillo, al pie de la cuesta frente á los pinos ; allí, durante horas, soñaba. Ni él mismo hubiera podido decir, luego, en qué había estado soñando. Su vida le parecía cada vez más obscura, atajada por algo misterioso, por un extraño obstáculo que él adivinaba sin distinguirlo. Entre él y la vida, quedaban, para siempre, Pedro unido á Teresa. Uno de esos presentimientos que no engañan casi nunca á los nerviosos,

le decía que algún acontecimiento decisivo entablaría la lucha entre aquella pareja y él, una crisis después de la cual el tren de su vida de él, Majencio, detenido momentáneamente, podría continuar su rápida marcha.

— Y ya ha llegado ese momento, dijo en alta voz, en el silencio luminoso de aquella tarde de octubre, mientras que, sentado sobre el parapeto, acechaba el recodo del camino por donde su madre había de aparecer, de vuelta de Roquefón.

« Mi vida tiene ahora una razón de ser y un fin : desenmascarar al hombre tildado de infamia, el enemigo de mi padre. Mi padre era un testigo molesto, y lo suprimió. Estoy seguro de ello, estoy seguro, á pesar de las reticencias del viejo. ¿ Por qué mamá me habrá ocultado siempre esa historia de duelo ? ¡ Ah desgraciada mujer ! ¡ Sabía, y, no obstante, aceptó dinero del matador !... »

Su imaginación llameaba. Se vió yendo á Roquefón, y, delante de todos, acusando á Pedro...

« No. Quiero hacer á Teresa el menor mal posible. Pero la libraré de ese indigno matrimonio. »

¡ Oh, realizar esto ! ¡ desunir á Pedro de con Teresa ! ¿ no sería libertarse á sí mismo ? Se esforzó en no seguir imaginado más, en no soñar con el agradecimiento sin límites de la joven por la libertad que le debería á él. Pues, aun en el fondo más turbio de su corazón, le disgustaba sentir una alegría de mala ley : la esperanza de que Teresa sería humillada, despreciada, que la distancia entre ella y él iba á disminuir.

« Yo, soy pobre, pero estoy limpio; ni de los mios, ni de mí puede nadie sospechar nada. »

Una diminuta forma obscura apareció en aquel momento en la vuelta del camino. La señora Chretien volvía del pueblo, con la cesta de la compra. Como de costumbre, estaba vestida de negro. Un modesto sombrero de paja negra cubría su cabeza; y, con una sombrilla, se resguardaba del sol que alargaba oblicuamente su sombra.

Majencio sintió tierna compasión.

« ¡ Pobre querida!... ¡ Qué trágica vida! Aceptar las limosnas de un miserable como ese, del hombre que mató á su marido! ¡ Y todo eso lo ha aceptado por mí, sólo por mí! »

La humilde silueta avanzaba con paso vivo activado por la ligera bajada. Majencio distinguía las facciones de su madre, la carita noble y gastada como el reverso de una medalla antigua. ¿ Por qué ésta había sido condenada por la vida á la miseria, á la servidumbre, en tanto que otros nacen opulentos, ó hacen tan fácilmente fortuna? Esta pregunta, que el pobre hará eternamente al rico, Majencio no acostumbraba á hacérsela, por parecerle harto simplista, casi tonta. Una de las formas de su orgullo era el no quejarse nunca de su condición; se consideraba lo bastante alto para no envidiar á nadie. Hoy, toda la hez de su corazón subía á la superficie, y, entre sus rencores contra los dueños de Roquefón, surgía la estúpida y eterna pregunta :

« ¿ Por qué somos pobres, nosotros, y otros son ricos? »

Se fué al encuentro de su madre.

No se besaron, por ser tan poco demostrativos uno como otro; pero la cara de la madre, antes triste y pensativa, se iluminó de una viva felicidad. Majencio cogió tan naturalmente la cesta de la mano de su madre, y deslizó tan estrechamente la otra mano bajo su brazo, que su recíproca ternura se manifestó plenamente, á pesar de las pocas palabras que habian cambiado.

— ¿ Sigues bien, hijo mío?

— Sí, mamá. ¿ Y tú? ¿ No estás cansada?

— ¡ Oh, cansada por tan poca cosa!...

Cuando atravesaban el huerto, la señora Chretien, viendo á Irma que mondaba patatas sentada en una silla baja, dejó el brazo de su hijo y fué á hablar á la sirvienta. Majencio entró solo en la casa, puso el canasto sobre una silla de la entrada, y esperó á su madre.

Vino ésta casi en seguida, se extrañó de verle aún allí, y, mirándole, adivinó que estaba preocupado.

— ¿ Qué tienes, querido? preguntó, parada de repente, justo después del umbral.

Majencio la cogió por la mano y abrió una puerta frente á la cocina: la del cuarto de la señora Chretien. Estaba oscuro. Majencio hizo entrar á su madre, y abrió los cuarterones de la ventana. La claridad de la tarde doró el modesto interior, la cama con sus colgaduras de persia, el mobiliario de caoba,

mesa ovalada, cómoda y tocador, el bastidor de papel pintado que cerraba el hogar de la chimenea, el reclinatorio, el sillón Luis Felipe, con gran respaldo, de caoba también, forrado de un terciopelo rojo en el que la polilla había trazado innumerables surcos.

— Siéntate ahí, mamá, ordenó Majencio acercando el sillón.

Ella obedeció, murmurando aún :

— Pero, ¿qué tienes?

— Mamá, dijo Majencio con calma, no podemos seguir más en Roquefón.

— ¿Por qué, Dios mío?

Después de un silencio, Majencio exclamó :

— ¡Ah, mamá!... ¿Cómo has podido aceptar?... ¡Tú sabías!

Las pupilas de ambos se penetraban, por decirlo así, y leían en su mutuo pensamiento. Con tono triste, á media voz, dijo la madre :

— ¿Qué es lo que te han contado? Habrá sido Conderc, seguramente...

En pie enfrente de ella, el contestó :

— Sí, ha sido el viejo... pero no hay que reprochárselo. Más vale que yo sepa. Además, no ha precisado; he sido yo, más bien, quien ha adivinado.

La señora Chretién se pasó la mano por los ojos, que estaban secos. Luego las dejó caer sobre sus rodillas.

— ¡Estamos bien! dijo, casi en voz baja. ¡Ah, ya me lo temía yo! Tarde ó temprano, alguien te informaría...

— Nada fijo me han dicho, mamá. Quiero que seas tú la que me lo digas. Tengo veintiún años; comprende que es una niñería el tratar de ocultarme la verdad, ahora que me han puesto en el camino de ella. Sé que Pedro y mi padre se disputaron, y que hubo duelo. Es todo lo que sé. Y, te pregunto : « ¿De qué murió mi padre? »

La señora Chretién hizo un gesto de incertidumbre. Trató de defender aún el humilde edificio de reposo, de seguridad, que había ella construido en torno de su hijo.

— ¿Cómo saberlo? Vivió trece meses después del duelo. Murió de una pneumonía doble.

— Vamos, mamá, dime la verdad, insistió Majencio acercándose á ella:

La mujer se echó á llorar.

— Yo, qué sé, yo, qué sé!... Los médicos no querían decir nada. Claro es que yo siempre sospeché... ¡Estaba tan bueno, antes de aquel horrible duelo! Jamás había tenido la menor cosa en los pulmones.

Majencio la dejó llorar algún tiempo. Como no cesaba, continuó sus preguntas :

— ¿Por qué riñeron?

La señora Chretién balbució sollozando :

— Por una tontería... por un altercado jugando á las cartas, en el círculo de los empleados, en Túnez. Antes, eran muy amigos. Yo, era del país de Pedro. Y, además ellos se entendían bien : eran los dos más inteligentes de la colonia. Habían proyectado hacer

negocios en común; hasta habían ganado dinero juntos. Tu padre perdió lo que había ganado, en especulaciones sobre minas; Pedro puso su ganancia en el negocio de Camboulives, el contratista de obras. Éste había tenido ya un ataque, y Pedro era el que lo sustituía, el que todo lo dirigía... Eso es todo lo que yo sé... Una mañana, me trajeron á mi marido moribundo, con el sobaco perforado... Pedro era el que le había herido. Hay que decir que en seguida vino á casa, se puso á mi disposición, me ayudó... Y mucha falta que me hacía su ayuda, con mi marido moribundo... tú tan pequeño... ¡y sin un céntimo!

Majencio no pudo contenerse.

— ¡Y tú has aceptado aquello! Pero, no comprendes que eso es espantoso, que es vergonzoso?

La señora Chretien se irguió; sus lágrimas se secaron.

— ¡Vergonzoso! dijo... ¿Por qué? ¿Crees tú que no sentí el movimiento de repulsión que tú sientes ahora, mucho más rudo, mucho más fuerte, porque tenía ante mis ojos á mi pobre Chretien entre la vida y la muerte? Pero, ¿debía yo dejarlo morir, por falta de asistencia, y dejarte morir, á tí también? Tan pronto como pudo hablar, tu padre mismo me dijo: «Deja obrar á Hountacque...»

— ¿Papá?... ¿De modo que, sabía?...

— Pues es claro! Mira, no eres más que un niño, á pesar de tu talento y de tu inteligencia. No sospechas lo que es la vida. Hay momentos en que no tiene uno más remedio que bajar cabeza... Tu padre era

tan orgulloso como tú; pero cuando se vió tendido en la cama, sin saber si volvería á levantarse, y aún después, cuando los médicos confiaron en su salvación, hubiérase dicho que el mismo golpe había matado su orgullo. Repetía: «Es menester salir de este trance como se pueda. El pequeño y tú, no debéis morir de hambre porque yo haya hecho una tontería...» ¡Pedro Hountacque! ¡pero tu padre mismo lo recibía, y se estrechaban la mano! El que dos hombres se hayan batido en duelo, no es motivo para que ya no se hablen más. Pedro Hountacque se ha rescatado, á los ojos de Chretien, por lo que ha hecho por él, por mí, por tí. Que te conste que ha hecho por nosotros lo que hubiera hecho tu padre.

Le era sumamente penoso á Majencio el oír á su madre elogiar así la generosidad de Pedro. Dijo con tono seco:

— Bueno. Te advierto que, sobre ese punto, no tengo las ideas de mi padre ni las tuyas. Estoy resuelto á que cesen los beneficios con que nos favorece el señor Hountacque. Y, por lo pronto, vámonos de aquí.

La madre objetó:

— ¿Y tu salud?

— Mi salud se las arreglará como pueda. Además, el mejor medio de estropearla sería el quedar aquí... Desde que estoy enterado, tengo fiebre; ¡Mira!

Puso la palma de la mano sobre la endeble muñeca de su madre: su mano ardía.

— ¡Ah, en ese caso... Vámonos en seguida!

Y se levantó de la silla como para huir. Majencio hizo que se sentara de nuevo.

— No tardaremos mucho, confía en mí. Si me escuchara á mí mismo, no dormiría aquí esta noche, y te llevaría sin decir nada, sin ver más á esas gentes. Pero esto tendría inconvenientes para la realización de mis planes. Me marcharé mañana, sin ruido. Ya encontraremos una disculpa : trabajo que me llama á París, un encargo importante para Labrique. Tú te cuidarás de las explicaciones, y, dos ó tres días después irás á reunirme conmigo.

La señora Chretién tomó de nuevo la mano de su hijo, lo acercó á ella, y le hizo volverse cara á la ventana.

— ¡Majencio !... ¡Majencio !... Tienes tu mirada mala, la mirada que tenía tu padre cuando le contrariaban. ¿Qué es lo que meditas ?

— Medito, en primer lugar, desinteresar al señor Hountacque. Desde que es nuestro bienhechor, ¿sabes, poco más ó menos, cuánto has recibido de él ?

— Pues... mucho dinero. ¡En nueve años, figúrate ! Quizá dieciséis ó dieciocho mil francos.

— No te inquietes. Los encontraré... aunque tenga que comprometer mi trabajo por veinte años. Tengo ofertas de Lacheliere, el competidor de Labrique, que ha visto mi última exposición y que tiene empeño en que yo trabaje para él.

— ¿Y luego ?

— Una vez que ya no deba nada al señor Houn-

tacque, me ocuparé en poner las cosas y á las personas en su verdadero lugar. Tomaré el desquite de mi padre suprimido, de mi madre humillada, de mi juventud amordazada.

— ¿Por qué medios ?

— Eso corre de mi cuenta.

— ¡Cómo me contestas ! suspiró tristemente la señora Chretién.

Pero Majencio no quería dejarse ablandar. Miró á otro lado y se fué á la ventana, fingiendo interesarle el cielo, al que invadía un crepúsculo anaranjado. La señora Chretién dejó la butaca y se fué hacia él ; le puso la mano sobre el brazo. Y él, en un arranque de ternura, imprimió un beso en aquellos dedos morenos, estropeados por los quehaceres de la casa y por la aguja, pero cuya fineza original no había sido borrada.

La madre se colgó del brazo de su hijo. Mucho más pequeña que él, tenía que levantar la cabeza para encontrar su mirada.

— Te suplico, murmuró, que no intentes nada contra Pedro Hountacque.

En sus pupilas, en toda la expresión de sus facciones, Majencio leyó una ansiedad que le sorprendió y, á su vez, le angustió.

— ¿Por qué ?

— Porque Pedro Hountacque puede más que tú y te hundirá. Tu padre se estrelló contra él en tiempo en que Pedro no era lo poderoso que es hoy.

Majencio, irritado por este recuerdo, y herido de que se le creyera débil, se desasíó :

— No me hundiré. En cambio, yo le hundiré á él.

— ¡Estás soñando!

— ¡Estoy seguro de lo que digo; óyeme bien: seguro!

Le dijo estas palabras muy de cerca, inclinado hacia ella, clavando su mirada en la de su madre. Pero, en la cara de esta, la expresión de angustia y de espanto se acrecentó. Balbució:

— Si es cierto lo que dices... si estás seguro... en ese caso... ¡te lo suplico, no lo intentes siquiera! ¡Por el cariño que tienes á tu pobre mamá, te pido, te ruego que no intentes nada contra Pedro Hountacque!

— Pero, ¿por qué?

La pobre mujer estaba tan aturdida, que no acertaba con las palabras; se mordía los labios sin poder hablar, todo su cuerpo temblaba. Majencio la observaba con una mirada de la que se borraba la compasión, con una mirada de lúcida inquietud, que analiza, que trata de comprender. Un instante, la pobre mujer tuvo esos movimientos desatentados, ese mirar espantado del animal cercado que quiere huir... No pudo sino repetir:

— ¡Te lo suplico, hijo querido... no hagas nada contra él... nada!

Pero en seguida sintió aprisionadas sus manos. Su hijo la observaba, tan cerca de su cara, que sintió ella su aliento.

— ¿Sabes que es espantosa, mamá, tu resistencia? ¿Por qué defiendes á Pedro Hountacque? ¿Qué quieres tú que piense yo de tu empeño?

Quedó como atontada al primer choque de las palabras. Luego, de repente, penetró el pensamiento de Majencio.

— ¡Ah! exclamó con un movimiento tan fuerte que se desasíó de las manos de su hijo. ¡Ah! ¿qué es lo que quieres decir?

Y recuperó la palabra, jadeante, entrecortada, pero con un acento tan claro, tan patético, que en el acto quedó disipada la espantosa duda de Majencio.

— ¡Oh! ¡malo! ¡malo! ¡Tu padre que me poseía toda, tan absolutamente... toda yo... todos mis pensamientos!... ¡Mi pobre Chretién!... Por lo visto, no has notado que, aún después de muerto, sigo siendo su mujer, que no pienso sino en él... y que me seca ese pensamiento... ¡Tú, imaginar semejante cosa!... ¡Oh! ¡malo, malo!

Él la acechaba. Bebía sus palabras. Aún no había terminado de hablar, cuando la cogió en sus brazos, la acarició como á una niña que llora, besó sus cabellos entrecanos, sus mejillas gastadas, sus ojos cansados, todo lo que había sido el tesoro de amor de su padre, que la muerte del padre había ajado.

Balbució:

— ¡Perdón!... Te he hecho llorar. Pero, comprende que era demasiado horrible imaginar tal cosa. ¡Perdóname, mamá! Tu rebelión me ha reconfortado. Ahora, déjame obrar. Y no tengas miedo. Te juro que no seré yo el vencido.

De nuevo dijo ella en medio de sus lágrimas:

— Haces mal... ¿Para qué?... Deja las cosas como

están. El pasado es el pasado. Lo que importa, en adelante, es tu porvenir.

Pero su resistencia quedaba abolida, y Majencio comprendió que ya no había necesidad de discutir.

— Enjuga tus lágrimas, le dijo. Irma va á volver. Es menester que no sospeche nada... ni ella, ni nadie.

Vencida, la señora Chretien se sentó de nuevo en el sillón, y, con su pañuelo, secó sus párpados. El crepúsculo invadía la habitación. Majencio fué á sentarse sobre el apoyo de la ventana. Las hortalizas del huerto, los árboles del camino, el noble perfil de la ladera, los pinos lejanos, toda la naturaleza se inmovilizaba, se recogía, y cada objeto, al no estar ya alumbrado más que por la luz difusa esparcida por el cielo, una luz que no hace sombras, tomaba ese aspecto extraño, un tanto mágico, que, cada tarde, sorprende las miradas y conmueve el corazón del hombre observador... Un planeta encendía su farol por encima de la línea azul de las landas.

¡Qué fuerza íntima, qué goce de concepción, de acción, invadieron, en aquél minuto, el orgulloso corazón de Majencio! Le pareció que, por primera vez, el camino estaba libre delante de él. Se escapaba de la esclavitud en que le había tenido sujeto la vida. Iba á ser el amo, á hablar como amo. El orgullo, en aquél momento, acallaba en su corazón toda otra pasión, y el joven era incapaz de medir cuánto, el deseo de cierta mujer, activaba su voluntad de desquite.

Un toque lejano, el armonizado toque de aviso de una sirena de automóvil interrumpió aquella paz de la tarde, echó como hilos melódicos á través del aire, mientras un sordo zumbido crecía detrás de la ladera; parecía, un instante, estar muy cerca, luego decrecía rápidamente, volvía á crecer, se apaciguaba, se desvanecía.

Majencio pensó :

« ¡ Es él, que vuelve ! »

Dejó la ventana. Su madre no estaba ya en el cuarto. La oyó que traginaba en la cocina. Sin ruido, se llegó á ella. Estaba poniendo la mesa.

La sorprendió por detrás y le besó el pescuezo, entre los plateados mechones y la humilde golilla negra del cuello.